



## Inspectoría "Nuestra Señora del Rosario"

Escuela Agrotécnica Salesiana  
Colonia Vignaud (Brinkmann-Cdba.)  
Argentina

Vignaud, 24 de marzo de 1979.

Queridos Hermanos:

El Padre JORGE SEVERO ALAIS insólitamente acaba de decirnos adiós para integrarse definitivamente a la Casa del Padre Celestial. En su haber temporal contaba con 57 años y 4 meses (había nacido el 6 de noviembre de 1921, en la Capital Federal, hijo de Don Pedro Esteban y de Doña Victoria Castro Fuentes, padres de recia raigambre cristiana). Pero en su haber espiritual, cultivado con esmero en su vocación cristiana, salesiana y sacerdotal (fue alumno nuestro en los Colegios de San Juan y de Rosario de Santa Fe —en este último, desde 5º grado hasta 5º año nacional, en un tiempo de áureo esplendor vocacional) estaba ya maduro y el Señor lo segó para sus graneros de Amor y de Vida sempiternos.

Todos lo conocíamos, sea porque su estatura prócer inmediatamente lo destacaba de los demás, sea porque la obediencia le marcó un itinerario ágil y variado: he aquí, en efecto los diversos lugares donde ejerció su apostolado en algunas de nuestras Obras: Tucumán y Los Cóndores al comienzo de su trabajo; y luego, como sacerdote en Corrientes, Rosario (S. F.), Santa Fe, San Nicolás, Resistencia, Paraná, Concepción del Uruguay y cinco días en Vignaud en donde lo esperaba el Señor.

Pero no todos lo conocían en su auténtica realidad personal, que él tal vez paliaba con su natural bonomía y modo de ser modesto y sencillo. "Los hombres ven sólo lo que aparece, mientras que Dios intuye directamente el corazón".

El Padre Jorge había aprendido desde muy joven lo que es vivir el Amor y en su línea fundamental, darse, ofrecerse y estar siempre dispuesto; siendo aún alumno del Colegio San José y oficial del Batallón de Exploradores del Tiro Federal, se había volcado de lleno a la labor del Oratorio y en ayuda de los más pobres; así aprendió a amar a Don Bosco en su providencial misión por los jóvenes y así vivió lo que luego

estamparía en su lema sacerdotal impronta especial que practicó y perfeccionó en el Amor hasta el último momento (unos minutos antes del fulminante colapso que en tres horas lo llevó a la tumba, todavía servicialmente fue a llevar una taza de té a un alumno necesitado...).

El amor lo había hermo­seado interiormente, y su vida ya era una espléndida tarde en plenitud. Fue juzgado y examinado en el amor. Y hallado digno. Quince largos años pasados en Concepción del Uruguay —la mitad de su sacerdocio— lo plasmaron definitivamente como el Buen Pastor que vive con sus ovejas y por ellas se entrega, o como el Buen Samaritano que cura, y alivia, o como el Maestro solícito que enseña y orienta.

La noticia de su muerte corrió como un reguero y conmovió profundamente a toda Concepción. Especialmente en el barrio donde él se prodigaba sin descanso, el de San José. La Capilla y Taller fue blanco de una dolorida peregrinación, con llanto en los ojos y pena en el corazón; una primera misa de sufragio rebasó los límites y hasta se comenzó el operativo de traer sus restos para que "estuvieran con nosotros, el que siempre vivió entre nosotros" (así se expresaba un humilde parroquiano). "Cuántas veces lo sacamos de la mesa, o del descanso o de lo que fuera, para atender a un moribundo, a un enfermo, a un necesitado; y nunca decía que no". "Nadie da lo que no tiene" —acotaba un tercero añadiendo: El Padre Alais fue siempre y apareció siempre como "sacerdote"; había aprendido muy bien a imitar a Don Bosco en hacer apostolado por medio de la "palabra mágica", porque para todos siempre tenía, de la forma más natural, la palabra animadora, orientadora, cariñosa y amable. A un exquisito don de gente unía la virtud de la bondad y del amor".

Los Hermanos son contestes en destacar en él una proverbial solicitud por los pequeños grandes detalles de la vida comunitaria, como servir a la mesa, preocuparse para que nada falte, buscar las cosas, y especialmente, en atender a los que estaban enfermos: en esto fue un verdadero Buen Samaritano. Nunca esperó retribución alguna. Se conformaba muy pronto a las circunstancias, y un "paciencia, todo sea por Dios", superaba los momentos de dolor e incomprensión. Porque fue humilde y obediente. Confidencialmente uno de sus formadores se expresó una vez: "éste triunfará porque es humilde". Los hechos de la vida corroboraron largamente dicho juicio. Aceptó la obediencia con buen ánimo cerrando los ojos a las hermosas realidades que dejaba y lanzándose a una nueva y promisoría labor, como recordando cuando escribiera San Pablo a los Filipenses 3-13: "pero, dando al olvido a lo que ya queda atrás, me lanzo tras lo que tengo delante, (mirando) hacia la meta, hacia el galardón de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús". Al punto se integró en la nueva Comunidad, alegre, abierto, y a disponibilidad. Actitud fundamental que lo pinta de cuerpo entero. Pleno. Maduro.

Fruto de su trabajo de vida interior, sin duda alguna, consciente y profundo. Se vino así, de oriente a occidente (de Concepción a Vignaud) como quien traza y completa la vertical de una "gran Cruz" —ésa, la que nos hace sentir más hermanos y solidarios de todos, identificado en una vigorosa horizontalidad franca y sencilla.

Lo recibimos el sábado 17, con muchas esperanzas y alegrías. Cinco días después le sobreviene el paro cardíaco; bastaron tres horas para el gran despegue hacia a eternidad, lúcido, alegre, sin dejar de hablar, entremezclaba gracia y buen humor de acuerdo a sus características... Permitaseme alguna alusión a esos últimos momentos: la enfermera no le "encontraba" la vena para colocarle la inyección... "y sin embargo yo las traje todas al venir al

Sanatorio", dijo. Otra: al enterarse que el médico que lo atendía se apellidaba Arcidiácono...: "pero, y ¿por qué no se habrá recibido de sacerdote?..."

A las 8 estuvo confesando a los alumnos del Colegio de María Auxiliadora, forjando para las almas nuevas pascuas y haciéndose la suya más profunda y luminosa.

Los Salesianos le encontramos así, caído sobre el surco del trabajo en plena labor sacerdotal; pan no le había faltado; ahora Don Bosco le colmaba con la última parte de su proverbial promesa, el paraíso eterno de la paz y de la felicidad. Por eso lo despedimos como en un día de gloria y de triunfo para la congregación salesiana.

Su sacrificio no será infecundo: semilla de nuevos trigales florecerá turgente como las bíblicas espigas en frutos de nuevas y generosas vocaciones. Porque su muerte es un signo: vino para morir aquí, en Vignaud, centro espiritual y cenáculo por excelencia de nuestra Inspectoría, vergel predilecto de la Auxiliadora, donde tantos ilustres y queridos maestros de la salesianidad, como el Padre Vaula, o Padre José, o Pedro Garnerio —por citar los menos— dejaron sus huellas luminosas para quienes aspiren realizar el carisma de Don Bosco.

Aquí la comenzó como aspirante, en 1940. En Los Cóndores la continuó como novicio, en 1941 (el año centenario del Oratorio); luego de su trienio, siguió en el teologado del Instituto Villada rematándola con la ordenación sacerdotal el 21 de noviembre de 1948.

De entonces a aquí, lo dice su vida. De ahora en más, su trayectoria ya es sendero que invita a quienes quedamos aún, a proseguir sin desmayo, sin claudicaciones, el ideal de la vocación de amor en pro de la juventud pobre y abandonada. Mucho nos está diciendo, enseñando y sugiriendo la vida, muerte y recuerdo de este nuestro querido Hermano el P. Alais.

Nuestra Comunidad Educativa apenas lo pudo conocer y gustar, cuando se vio privado de él. Pero su rápido paso —como una señal del cielo— fue suficiente para despertar cariño y admiración. Velatorio y entierro viéronse como enmarcados en vuelo de raudas palomas en la presencia de nuestros alumnos y de los del vecino Colegio de María Auxiliadora, como el mejor de los días de fiestas salesianas. Algunas horas antes del sepelio se hicieron presentes el P. Inspector y el P. Vicario; concelebraron y acompañaron a la Comunidad en tan dolorosa circunstancia. La concelebración fue presidida por el tan querido P. Horacio Iovine, cuya sola presencia asumía la de todos los Hermanos de la Inspectoría. También estuvieron presentes los Padres Directores de Concepción de Uruguay y de Paraná y otros Hermanos más. De sus deudos pudieron llegar a tiempo, a pesar de las distancias y de las inclemencias del tiempo, su hermano Marcelo y señora.

Finalizada la ceremonia sagrada, al despedir sus restos, el P. Dante Travaglino, Director de la Casa de Concepción del Uruguay y en donde pasara el P. Jorge sus últimos quince años, pronunció una elocuente y emotiva alocución cuya síntesis constituye abundantemente el núcleo de esta carta mortuoria.

Queridos hermanos: la vida y muerte de hermanos nuestros, como la del P. Alais, nos ayuden a proseguir el plan de nuestra personal y comunitaria santificación; a amar más y más nuestra vocación; a merecer nuevos y decididos sustitutos.



Queda flotando en la Casa la sonrisa que desde su entrada en ésta resplandeció en su rostro cual imagen de un apostolado de felicidad que más nos hiciera apreciar el Papa Juan Pablo I en su fugaz jornada pontificia.

Una plegaria por esta Comunidad de Vignaud abocada hoy en el duro y eficiente apostolado de la enseñanza y práctica agrotécnica, y por quien se profesa de todos Udes. afmo. en Don Bosco Santo.

**Mario José Gallenca**  
Director

**Datos necrológicos:** Nació en Buenos Aires el 6-11-1921.

Murió en Vignaud el 21-3-1979.

57 años de edad

37 años de profesión y

30 años de Sacerdocio.

COMUNIONE GENERALE	
OPERE DON BOSCO	
- 2. GIU. 1979	
CONCL.	S